

Para mi
nuestro Jorge Edwards

RAFAEL GUMUCIO

Nicanor Parra, rey y mendigo

Bc

Santiago

20 18

COLECCIÓN VIDAS AJENAS

VIAJE DE IDA Y VUELTA

En octubre de 2002 visité por primera vez a Nicanor Parra. Yo tenía 32 años. El, 87. “Asmático a tiempo completo”, como le gustaba definirse, vivía por entonces en Las Cruces, frente al mar, a 112 kilómetros de Santiago. Un día de sol bajamos, la editora Isabel Buzeta, que manejaba, y el escritor Germán Marín, que daba las órdenes, por la Norte-Sur, viramos a la altura de la gran mole de vidrio que iba a ser el Centro de Justicia hasta la Carretera del Sol y sus peladeros infinitos, suburbios de suburbios, montículos de hojas ahumándose, plantaciones de maíz, viñedos y más viñedos hasta que empezaban los eucaliptos, las vulcanizaciones —como llaman a las reparadoras de neumáticos—, las panificadoras, los condominios abandonados y el mar.

Subimos por la cuesta junto al supermercado Malloco, por la calle Lincoln, que en su último tramo abandona el asfalto y se hace de tierra, hasta la casa de rejas de madera blanca y la puerta donde los mochileros aún no habían pintado con *spray* la palabra ANTIPOETA.

No sé si esa primera vez abrió el propio Parra, o si fue la Rosita Avenaño, su cuidadora y empleada doméstica de entonces. Solo sé que de pronto estaba frente a él: completamente despeinado, su piel tostada casi del mismo color que su chaleco marrón, sus pantalones de pana, un ojo guiñándome, las cejas levantadas, entre desafiante y circense.

—Tú, por favor, nada de usted. Si no, no podemos hablar... —dijo.

—De niño un anciano francés me dio una bofetada en un parque por decirle tú en vez de usted —le expliqué.

No se inmutó. El usted y el tú no tenían en el universo de Parra nada que ver con la edad, sino con el trato del patrón al empleado. En el campo chileno, el patrón trata de usted al inquilino, tenga este la edad que

tenga. Tampoco soportaba el “don Nicanor”. Lo más lejos a lo que llegó el poeta Adán Méndez, sesenta años más joven que Nicanor pero uno de sus amigos más cercanos en los últimos tiempos, fue a decirle Don Nica, hasta que el “tú” se instauró naturalmente. Le importaba dejar en claro desde el primer minuto esa horizontalidad sin la que nada entre nosotros, a quienes nos separaban entre otras cosas cinco décadas, era posible.

Isabel Buzeta fumaba en la terraza, mirando a prudente distancia el espectáculo. Había en el salón esa mañana una mezcla rara de tensión y naturalidad. Como si fuese un escenario sin butacas ni más espectadores que nosotros mismos. El frío, las rocas, el mar, la bahía abierta hacia Cartagena, todo eso entraba por el ventanal. Parra parecía entregarse entero, pero había siempre una vigilancia. La casa era de muros blancos, con chimeneas falsas, botellas de vino vacías de las que salían ramas de arbustos sin hojas ni flores. Vigas de madera, vidrios sucios, un sillón cubierto con una sábana, diarios viejos, fotos de archivo, carpetas escolares, papeles sueltos. No había nada que fuera cómodo, ni el menor cuidado por los detalles.

Quizá la fragilidad del piso y de la casa se me hizo más evidente por la presencia del novelista Germán Marín, que parecía un elefante en una cristalería. Completamente ajeno al humor y la liviandad del dueño de casa, refunfuñaba en su rincón algunas de sus frases interminables. Parecía tan raro que hubiese sido Marín el que me ofreciera finalmente, después de muchos mensajes del propio Parra, presentármelo. Hasta que de pronto Parra empezó a hablar de Marín sin nombrarlo, como si no estuviera ahí, para dejar en claro sus méritos, la razón por la que lo dejaba entrar sin preguntarle nada. A los 18 años, cuando Parra cumplía 45, Marín, recién salido de la Escuela Militar, decía frases que sonaban como juicios perentorios. Se conocieron entonces, por intermedio del también adolescente Enrique Lihn que miraba con sorna la escena. Parra, impaciente, quiso darle una lección al imberbe: “La juventud es una enfermedad que se cura con el tiempo”, le dijo. “Pero la vejez no, viejo concha tu madre”, le respondió Marín.

—Gol de media cancha, nooooo.

Las manos sobre la cabeza, cincuenta años después, Nicanor Parra seguía celebrando esa respuesta.

—Ahí nos ganó a todos. No, no, nooooo, se las mandó ahí el joven aquí presente.

LOS PERROS DE LA CALLE CHILE

Han pasado casi quince años de esa primera visita. Es el 12 de febrero de 2015. Son las tres de la mañana. Me rasco desesperadamente hasta que la piel no da más, en la calle Chile de Las Cruces, a cinco cuadras de donde sigue viviendo a los 100 años Nicanor Parra Sandoval. Mis hermanos, mi madre, mis hijas, mi esposa, duermen en este sitio que le arrendamos a un oficial antinarcóticos de Carabineros. Me quedo mirando las fotos del dueño de casa, posando en jockey y chaleco antiballas con las manos en la cintura, parado en un techo frente al palacio de La Moneda. Diplomas, encuentros con la DEA, intercambios con la policía antinarcóticos de Bolivia, las naturalezas muertas de la esposa, que trabaja en Falabella y que mandó a pintar los muros color terracota y rosa. Las puertas, castaño oscuro.

Hasta la pieza del fondo, donde me refugié para no molestar a nadie con mi insomnio y mis rasquidos, no ha llegado el toque mágico de la señora: está pintada de ese color crema amarillo con que pintaban las salas de castigo en los colegios de antes. Ahí termino de leer en nada una novela de Murakami, donde un viejo amor imposible se derrite literalmente de pura ansia pasada. No sé si quepo o no en el colchón doblado de humedad donde no intento siquiera fingir que duermo. Desde la quebrada sobre la que está construida la vivienda sube la voz del locutor del Bingo que repite en distintos tonos:

—Treintaitrés... treintaitrés... treintaitrés.

Se escuchan las risas en los toboganes, llega hasta aquí el reflejo de las luces del *stand*. Camino hacia el living sobre el suelo de ladrillo vitrificado. Evito los muebles. Prendo el televisor. Termina *Rocky II* con la victoria de Rocky Balboa sobre Apollo Creed. Hubiera sido tanto